**Sentido de una universidad necesaria**

“Pero, en principio y de acuerdo con su vocación declarada, en virtud de su esencia profesada, (la universidad sin condición) debería seguir siendo un último lugar de resistencia crítica -y más que crítica- frente a todos los poderes de apropiación dogmáticos e injustos.” Jacques Derrida: *La universidad sin condición*

En una conferencia dictada en abril de 1998 en la universidad de Stanford, y a la que dio por título “La universidad sin condición”, Jacques Derrida comunicó a su auditorio la imagen de esa universidad, según él, necesaria a nuestra época; versión, en lo esencial, idéntica a cuanto personalmente creo, tras haber dedicado a la docencia universitaria toda mi vida profesional. Quizá, más allá de las formas y los estilos, exista en la conciencia de quien se entrega a la enseñanza, y sobre todo a la fe en la enseñanza, perspectivas que no podrían sino asemejarse.

Comienza Derrida por definir a la universidad como un “espacio de resistencia”: ajeno a dogmatismos de cualquier índole: religiosa o ideológica; opuesto a toda negación de la individualidad o la tolerancia. Precisamente, dice Derrida, la universidad está llamada a inculcar la tolerancia en sus estudiantes; entre otras cosas, como una manera de reforzar la conciencia democrática de éstos; y, junto con la tolerancia, a transmitirles, también, un espíritu crítico.

La universidad “sin condición”, prosigue Derrida, deberá, igualmente, permanecer próxima a nuestro muy contemporáneo proceso de mundialización, término que él dice preferir al de globalización por sugerirle más explícitamente una comunicación que aproxima a países y costumbres, historias y tradiciones. Mundialización: referencia a un universo humano habitado por seres poseedores de sentimientos, valores, principios, creencias y esperanzas; también dominado por parecidos temores, incertidumbres, sospechas…

Territorio de la crítica y de la tolerancia, del diálogo y de la pluralidad, toda universidad digna de tal nombre, es inseparable de lo que Derrida llama “nuevas humanidades”, propugnadoras de “principios de libertad, autonomía, resistencia, disidencia”. Humanidades “nuevas” a las que pudiéramos dar también otros nombres: “Estudios Generales” -¿por qué no?- deudores, más que de saberes humanísticos propiamente dichos, de muy sustentadores propósitos éticos encargados de alimentar cualquier forma de conocimiento, aún el científico o tecnológico. Y es que ni la ciencia ni la tecnología deberían perder nunca de vista a su destinatario esencial: el ser humano.

Dentro de esa universidad “sin condición” amparada en un nuevo sentido de lo humano, no podrían nunca callar plurales diálogos fundamentados en lo más profundo del espíritu universitario; en la libertad de cátedra, principalmente: algo muy relacionado con la manera como un genuino académico asume el significado de su profesión. “Profesión”, recuerda Derrida, es voz que nace del verbo “profesar”, y significa vocación, entrega, responsabilidad, deber; y, mucho más aún: genuino compromiso de vida, y, a partir de ese compromiso, un diseño para la propia existencia.

La profesión del educador se nutre de autenticidad, de iniciativa, de honestidad… Valores íntimamente relacionados a una intención por buscar la verdad. Más que de la verdad, así, muy grandilocuentemente enunciada, se trata de una actitud hacia ella: de hacer girar a su alrededor enriquecedoras formas de comprensión; y, sobre todo, de un empeño por expresar esta comprensión: defendiéndola de prohibiciones o limitaciones, difundiéndola con pasión, imaginación y creatividad. Comunicación, en fin, de esas verdades en las que cree y por las que apuesta el educador.

Junto con la verdad será siempre el otro gran valor de la vida universitaria: la libertad. Verdad y libertad: aquélla, como alguna vez la describiera Albert Camus, es “misteriosa, huidiza, y siempre hay que tratar de conquistarla”. A la libertad el mismo Camus la definió de “peligrosa”, “dura de vivir” y “exaltante”. Verdad y libertad: dos ideales; dos realidades de las cuales, estudiantes y profesores, ya acostumbrados a ellas, no podrían prescindir.

Por cierto que al ideal de la búsqueda de la verdad se asocia el inmarcesible símbolo universitario de la luz: luz que vence las sombras y las destierra para siempre del espacio del entendimiento. Verdad y luz, verdad como luz: imágenes de un proyecto semejante: servir a esa sociedad a la cual la universidad se debe; pero frente a la cual precisa conservar, celosa, su independencia.